

Prólogo

Francia, 7 de junio de 1917, 3.10

La noche había sido cálida. Veraniega. Silenciosa, como suelen ser esas noches.

El abrumador estruendo de las explosiones fue tan inesperado, resquebrajando físicamente el aire y la tierra, que sacudió cada cráneo maltrecho, cada cerebro desconcertado en el interior de esos cráneos, y cualquier pensamiento efímero. Hizo vibrar tímpanos y convulsionó hígados; caló en la piel, activó contraoleadas de sangre en venas y arterias, taladró hasta los minúsculos conductos de la fibra de la médula. Encogió corazones, rompió dientes y reverberó en las sinapsis y los espacios comprendidos entre las células. Los hombres, saturados, pasaron a formar parte del ruido, que los ahogó, los desmembró. Pasaron a formar parte de la misma entidad que el estruendo.

Todos estaban acostumbrados.

En Londres, Nadine Waveney, sobresaltada en la monótona somnolencia previa al amanecer junto a su escritorio, oyó explosiones lejanas y pensó, en un momento de absoluta confusión: *¿Es aquí? ¿Zepelines?* Alzó la mirada; su rostro tenía el mismo tono apagado que la llama del candil junto a ella.

Jean entró a toda prisa desde la habitación contigua.

—¿Has oído eso? —dijo entre dientes.

—Sí —contestó Nadine con los ojos abiertos de par en par.

—¡Francia! —murmuró Jean—. ¡Esta ha sido fuerte! —Y salió sigilosamente de la habitación.

Nadine pensó: *Por Dios, que Riley no esté ahí.*

En Kent, Julia Locke se incorporó de un respingo en la cama y, al ver la puerta del armario completamente abierta pensó ingenuamente: *Ah... truenos...*, pero ya estaba dormida profundamente cuando Rose, en camisón, pasó a verla.

En el Canal, las aguas se arremolinaron de repente, ignorando los movimientos naturales de la marea y el viento.

En Calais, unos cuantos marineros de juerga se detuvieron y dieron la vuelta.

En Étapes, un centinela se despertó con un movimiento tan brusco que estaba seguro de que se había desencajado la cabeza. «Caramba —murmuró alguien—, espero que seamos nosotros, no ellos». Dos ruinas más allá, una puta de dieciséis años se detuvo, encogida, con el corazón acelerado y trémulo. El cliente, de treinta y cinco años, se apartó de ella, acobardado mientras la sangre circulaba a toda velocidad por otra parte de su cuerpo.

Más allá de París, un campesino desplazado que dormía sobre un saco no se inmutó. Las ovejas, no tan al corriente, echaron a correr despavoridas de un lado a otro. Los pastores ni se inmutaron.

En el campo había un piano vertical, abierto, descomponiéndose en el mismo lugar donde permanecía desde octubre de 1914.

En la línea de reserva, los que dormían despertaron sobresaltados; los que estaban sentados junto a braseros humedecidos dieron un respingo; los que despertaron sobresaltados y los que dieron un respingo fueron tranquilizados por sus camaradas, con gritos blasfemos y sordos de «joder, tío». Los zapadores Australianos que habían cavado los túneles bajo la línea alemana y depositado los doscientos setenta mil kilos de minas sonrieron burlescamente y fumaron. Por muy poco caballeroso que fuese, ya que la guerra seguía, *ellos* habían empezado *aquello*, con su nauseabundo gas ilegal; y, en cualquier caso, era efectivo. Que es lo único que importaba ahora.

En la línea de combate, los hombres de los Aliados se tambalearon sobre la tierra que pisaban, y siguieron tambaleándose hasta que la tierra les permitió parar. Arriba, una bandada de estorninos planeó en círculos, una nebulosa negra sobre azul. Abajo, las enormes ratas se desperdigaron.

En tierra de nadie, los soldados saltaron por los aires, y cayeron, y la tierra saltó por los aires, y cayó, y los enterró, muertos o no.

Y la artillería alemana respondió, y todo se duplicó, se cuadruplicó, en una inmensidad exponencial, mientras en Berlín las esposas y novias se sentaban junto a su escritorio o en la cama.

Locke y Purefoy estaban preparados. El aura se percibía en la noche, el aura que presagiaba que algo se avecinaba..., algo más allá de la inmundicia habitual. Todos sentían una alerta adormecida, de modo que cuando empezaron, aunque fue un *shock*, bueno, siempre era un *shock*.

Locke estaba junto a la entrada de lona batiente del refugio subterráneo, tarareando en voz baja una canción que estaba componiendo, sobre murciélagos.

Purefoy se encontraba en el escalón de fuego mirando por un periscopio, pensando en Ainsworth, Couch, Ferdinand y Dowland, y el hermano de Dowland, y Bloom, Atkins, Burdock, Taylor, Wester..., y el resto. Estaba nombrándolos uno por uno, todos los nombres que recordaba, y sus virtudes, e intentando recordar sus caras, y sus voces, sus nombres de pila, y sus manías, y cómo habían muerto, y cuándo, y dónde.

A medida que la explosión en cadena de las minas crecía a escala monumental, caían puñados de tierra del ajado techo de madera y sacos terreros a la caja de embalaje que servía de escritorio. Locke se protegió la cabeza, con los codos pegados a los oídos. Bramó, sobrecogido; luego extendió los brazos y se lanzó al hueco de la trinchera. Purefoy ya se estaba moviendo en la línea, bromeando, dando palmadas en la espalda a los hombres.

En la contraofensiva de obuses, uno arrancó el parados a seis metros. Purefoy, Locke y sus compañeros se tiraron al acogedor barro de su trinchera, ese paraíso envenenado de

metro ochenta de profundidad con el que estaban tan familiarizados y, agazapados bajo el parapeto, curiosamente compartieron la certeza de saber que lo peor ya había pasado.

Uno

Londres, antes de Navidad, 1907

Un bonito día de nieve blanca perfecta, recortado por un cielo azul, y emoción infantil al borde de la histeria, el primo de Nadine Waveney, Noel, lanzó una bola de nieve en Kensington Gardens. Se la estampó en la cara a un niño más pequeño al que no conocían, que comenzó a respirar entrecortadamente y a gritar, perdiendo el equilibrio y desplomándose sobre la insegura superficie helada del estanque Circular. Sin dejar de gritar, el chico, que se llamaba Riley Purefoy, cayó estrepitosamente atravesando las finas capas heladas, de donde volvió a salir disparado, resollando, sacudiéndose la escarcha fangosa y el agua gélida con los pelos de punta, riendo a carcajadas. Noel, que era mayor, lo observó sorprendido, receloso. Nadine, apartada, sonrió. Le gustó que el niño se echara a reír. Lo había visto antes en el parque. Siempre andaba de un lado a otro, subiéndose a cosas, recogiendo cosas. Una

vez se toparon cara a cara trepando a un castaño, en medio del follaje verde. Él llevaba en el pelo una pluma de paloma, como un guerrero indio. En aquella ocasión también se echó a reír.

Jacqueline Waveney, bien vestida, de pómulos prominentes, rayando lo bohemio a propósito, insistió en llevarse a Riley a su casa para que se secase y entrase en calor. Vivían cerca: cruzando Bayswater Road desde la entrada del parque. — Todo el mundo viene cuando se cae — le dijo mientras se apresuraban por el sendero camino de la entrada—. «O si se empapan con la lluvia. Somos la primera parada para gente que tiene algún contratiempo en el parque».

Tenía una sonrisa afectuosa y un acento extraño; francés, aunque Riley entonces no lo sabía.

La casa le pareció enorme, aunque los propietarios no opinaban así. Lo llevaron por un pasillo hasta el salón; «*salun*», dijo Jacqueline. Riley observó la altura del techo, los paneles color crema, los sofás de terciopelo, la calidez del fuego, los brillantes azulejos verde botella que lo rodeaban. Dentro, la señora Waveney lo envolvió en una toalla y se llevaron su ropa para colgarla en la caldera. Le dieron una taza de chocolate y ropa seca para vestirse, demasiado grande para él. Se quedaron de pie alrededor suyo, advirtiéndolo, aunque sin darle aparentemente demasiada importancia, que se trataba de un crío bastante corriente.

Noel lo sentía muchísimo, y lo dijo con donosura.

La señora Waveney pensó: *Fíjate, pobrecito. Seguramente podríamos darle esa ropa.*

Su marido, Robert, el conocido director de orquesta, entró.

—¿Qué tal? — dijo, o algo así—. ¿Qué pasa aquí?

Riley sabía quién era. Lo había visto muchas veces cruzando el parque camino del Albert Hall. Había visto su foto en el *Illustrated News*.

Nadine, con ojos color miel rasgados como los de un hada traviesa, miró sonriendo.

Riley observó con atención al conocido padre, a la simpática familia, a la adorable doncella, los cuadros de la pared, el magnífico piano, los libros de las estanterías, a la niña sonriente. No era como su casa... aunque su casa era muy acogedora, y allí vivía con sus padres y sus hermanitas, a las que quería e ignoraba, pero no a su padre, que le había regalado un saltamontes de cuerda en Navidad y que aún podía levantarlo en volandas. Era bombero, y decía: «Olvídate del cuerpo de bomberos, Riley, es un buen trabajo, pero puedes aspirar a algo mejor».

Riley no estaba ni cohibido ni avergonzado por estar allí. No se sentía fuera de lugar. Probó el chocolate, dulce y caliente, y miró a su alrededor con descaro, y supo que eso era a lo que se refería su padre. Algo mejor.

La ropa no se había secado y Jacqueline, que lo encontró encantador, con esos ojos vivarachos y el pelo rizado, le sugirió que volviese a recogerla al día siguiente. La madre de Riley, Bethan, una mujer abnegada de origen galés y firmes convicciones, preparó una hornada de tartaletas y le encargó que las llevara en agradecimiento y que no olvidase traer el molde de vuelta.

—Pues no sé por qué —dijo su padre, John, sentado en la silla de la cocina en camiseta interior, con los tirantes colgando de sus anchos hombros, mientras hojeaba el periódico—. Fue su chico el que tiró a Riley al estanque.

—Es cuestión de buenos modales —contestó Bethan—. Riley, cariño, haz el favor de ir a la puerta trasera, ¡y estate pendiente de ellos! —dijo en voz alta. La clase media siempre andaba en busca de algo de los obreros. *Como si no tuvieran bastante. No es que les envidie. Son estrambóticos. Al parecer,*

Bethan soltaba risotadas en la calle ante el extravagante estilo de las clases pudientes. Observó atentamente, con atención, a su único hijo varón bajar la calle para visitar el otro mundo. *No se quedará encandilado, ¿verdad? ¿No se le meterán en la cabeza ideas y rencores? No queremos eso; él tampoco. Lo hemos educado bien...* Se quedó bendiciéndolo en voz baja mientras desaparecía por la esquina.

John puso los ojos en blanco. Bethan tenía una obsesión ciega con la gente de clase media. Les temía, envidiaba lo que tenían, lo disimulaba, les guardaba rencor por tenerlo y, para colmo, sentía un orgullo a ultranza por ser una mujer de clase obrera sin necesidad de nada de *eso*, faltaría más.

* * *

Riley no creía que hubiera puerta trasera, a menos que doblara por el callejón. Se dirigió a la puerta principal. Llegó al mismo tiempo que otro visitante, un hombre mayor con barba y un agradable aroma a trementina, con una chaqueta de terciopelo negro suavizada por el lustre del tiempo. Riley se quedó inmóvil un momento, pensando en su madre, inseguro, pero el hombre dijo: «¿Qué tal, chaval?», y entraron juntos.

Riley, a quien habían inculcado que la gente esnob era distante, se sorprendió.

—¡Hola, Riley! —exclamó la señora Waveney—. ¿Son para nosotros? Mmm..., qué detalle. ¡Noel, cariño, ha venido Riley! ¿Podrías avisar a Barnes y que prepare té?

Riley lo entendió todo enseguida. *Es porque no son simplemente esnobs, son artistas.* Cuando paseaban los domingos por Kensington Gardens, Bethan disfrutaba señalándole diferentes tipos de gente esnob, y lo ridículos que eran.

Johnno el Ladrón hacía algo parecido, averiguando qué carteras valía la pena robar en la estación de Paddington. Riley examinó la chaqueta de terciopelo del anciano, los rizos pelirrojos de la hermosa mujer, el hecho de recibir a un niño de medio pelo en su preciosa y confortable casa, con cuadros y piezas raras... una gumía reluciente colgada en la pared, diminutos elefantes de marfil en una vitrina. Definitivamente, artístico. Bethan los miraría con desdén, porque su padre no la dejó cantar cuando era pequeña, y Johnno los dejaría pasar de largo, porque ese tipo de gente nunca llevaba mucho dinero encima.

—¡Vaya moretón! —dijo Noel con envidia, tocando el pómulo de Riley. La niña silenciosa volvió a sonreírle, y Riley le devolvió la sonrisa. Estaban decorando un abeto con lazos y resplandecientes naranjas decorativas y bolas de cristal. Riley había visto cosas así en los asombrosos escaparates de Selfridges, el nuevo palacio de las maravillas del que había sido echado dos días antes. Este no era tan grande, pero los colores lo encandilaron.

—Ven a ayudarnos —dijo la señora Waveney—. ¿Puedes colgar estas? —Le pasó una bola de cristal transparente, luminosa como la luz del sol, pura como una burbuja.

—¿Dónde la pongo? —preguntó.

—Donde quieras, cielo —dijo.

Observó detenidamente el árbol. Las bolas de cristal oscilaban en las ramitas del oscuro abeto, colgando, brillando. Rosa como los pétalos de rosa del jardín hundido junto al Orangery, verde claro como los caminos de tilos en primavera, azul como los espejuelos bajo las alas de los ánades reales del estanque Circular. Había demasiadas atadas en la parte de arriba. Comprobó cuántas quedaban en la caja. Suficientes para cubrir por completo el árbol. Con cuidado,

enganchó el alambre dorado de la bola transparente en una ramita interna de una rama central. Reflejaría la luz y equilibraría los adornos de colores. Instintivamente, desanudó un par de las de colores y las redistribuyó más abajo.

El anciano observaba a Riley, sonriendo, disfrutando del esmero que ponía, fijándose en su cara chata, carrillos anchos, cabello rizado y desaliñado, ojos oscuros, mirada lastimera.

Bebieron té; se comieron las tartaletas de mermelada. A Jacqueline le hacía gracia el modo en el que Riley las engullía. Muchos niños se sentirían obligados a reprimirse, dadas las circunstancias.

Poco antes de que Riley se marchase, Robert Waveney dijo con diplomacia:

—Oye, Riley, a sir Alfred le gusta tu cara. Quiere plasmarla en un cuadro, sobre un fauno con patas de cabra. ¿Qué opinas? ¿Podrías permanecer quieto sentado el tiempo suficiente para que te pinte? Seguramente te daría un chelín.

Riley vislumbró una oportunidad de oro. Más allá, brillando en la distancia como los lirios del cielo, vislumbró Algo Mejor.

—Pues claro, señor Waveney —dijo.

Dos

Londres, 1907-1914

Riley, los Waveney y sir Alfred vivían en una parte de Londres que, de una calle a otra, no terminaba de decidirse. La de Riley era una casita junto al canal, una vivienda de clase obrera, adosada, húmeda, con un retrete en el patio. A dos minutos se encontraba la estación de Paddington, por la que pasaba todo el Imperio, escrutado por Johnno, con ojos de ratero, y por Riley, por simple curiosidad natural. (Riley no robaba carteras. Se lo había prometido a su madre). A cinco minutos se encontraba Kensington Gardens, con grandes árboles, hierba mullida y niños con bombachos corriendo a toda prisa detrás de sus aros, y niñeras con uniforme corriendo a toda prisa detrás de ellos. Si Riley iba con Johnno, el guarda del parque los ahuyentaba. Si iba solo y se las ingeniaba, podía pasar allí todo el día jugando, observando a los patos, encaramándose a los árboles, zambulléndose y tirán-

dose de cabeza al lago Serpentine, espiando a los jardineros, aprendiéndose de memoria las estatuas, escondiéndose.

El costado norte del parque está flanqueado por casas señoriales: villas georgianas con amplios jardines de magnolios; grandes mansiones con fachadas de estuco blanco, asombrosos edificios de apartamentos de seis plantas de cuento de hadas con balcones curvilíneos y galerías, y repujados miradores sobresaliendo en ángulos imposibles. La de los Waveney era la primera en la que Riley había entrado. La de sir Alfred, en Orme Square, la segunda. En la de los Waveney se había quedado prendado del confort; en la de sir Alfred, primero de Messalina, la gran danesa, lo bastante grande como para tirar de un carro, con su sedosa papada de ébano y patas trémulas, y segundo de la pintura: los colores, el olor y la pátina resbaladiza del lustre señorial. Y luego los cuadros: heroínas y mendigas, caballeros con relucientes armaduras gris plateado, guirnaldas de flores y volutas de pelo trenzado, algas esmeralda flotando bajo el agua, pliegues de tejido vaporoso que transparentaban carne nívea y lozana, retazos de cielo de un azul sombrío... todo pintado, y la luz que parecía emanar del lienzo. Parecía el mundo real, muy real, pero mucho, mucho mejor. Para Riley era casi un milagro que con los espesos óleos de colores que salían al estrujar tubos metálicos se creasen tales cosas.

Y luego estaba la virtuosa señora Briggs, con la boca fruncida, que le daba té humeante con dulces.

Riley sabía de sobra que aquel no era su mundo. Era consciente de que si no actuaba con rapidez se lo arrebatarían tan inesperadamente como se lo habían concedido. De haber escrutado el semblante del joven fauno cubierto con hojas de parra de pie a la izquierda de Baco en el famoso cuadro de sir Alfred *Ménades en la bacanal*, alguien habría podido ad-

vertir una mezcla mal disimulada de deseo irrefrenable, gozo incontenible y determinación artera.

—¿Qué va a pintar después, señor? —preguntó con un interés mal disimulado.

—La infancia de los Caballeros de la Mesa Redonda —dijo sir Alfred, divertido.

—¿Alguno se parece en algo a mí, señor? —inquirió Riley adoptando una expresión noble y ladeándose ligeramente hacia la luz.

Casi rompió a llorar de alegría cuando sir Alfred le confirmó que su cara era perfecta para el joven sir Gawain abriéndose paso en un matorral de espino (representando al Caballero Verde al que se enfrentaría con el paso de los años), lo cual garantizaba su presencia unas semanas más.

Riley se concentró en encontrar fórmulas para ser de utilidad a sir Alfred, a sus diversos pupilos y a la señora Briggs. Había infinidad: recados, ordenar, recoger, copiar, afilar, apilar, subir a los estantes más altos a los que no alcanzaba sir Alfred ni la señora Briggs. Todos los días, fuese a posar o no, se presentaba al salir de la escuela «por si sir Alfred necesitara algo, señora Briggs», y siempre era así: alguien que fuese en un momento a los proveedores de artículos de arte, alguien que sacase a Messalina a correr y retozar por el parque, alguien que limpiase el estudio sin descolocar absolutamente nada tal y como siempre hacía la señora Briggs, alguien que sirviera de modelo para un hombro o un pie anónimo, alguien a quien no le importase recibir órdenes, que disfrutase escuchando a un hombre con multitud de anécdotas que contar, que fuese joven y fuerte, que le apasionase aprender a preparar un lienzo y que no tuviese la vanidad de los estudiantes de arte. Pasados unos meses, la señora Briggs, amante de las cosas bien hechas, señaló que el puesto de aprendiz

estaba sin regularizar, y que el muchacho debería cobrar por sus tareas. Cuando robaron las joyas de la difunta madre de sir Alfred, se decidió que el chico se mudase a la casa, por seguridad. (Riley reparó en la ironía).

La señora Briggs invitó a Bethan y a John a tomar el té en la cocina porque, a fin de cuentas, no era lo mismo que contratar a un criado. Riley, consciente solo a medias de que era inapropiado, los arrastró a la planta de arriba para presentarles a sir Alfred, ver el estudio y los cuadros. A John los cuadros le parecieron preciosos y sir Alfred todo un caballero, y dijo con cautela:

—Mientras siga yendo a la escuela...

—Por supuesto, señor Purefoy —contestó sir Alfred—.

Es un chico inteligente.

Bethan apenas dijo nada, y esa noche lloró porque estaban en minoría.

Riley anotó desde el principio cada palabra nueva que escuchaba. Los domingos, cuando llevaba la paga a casa, les preguntaba a sus padres el significado. Si no lo sabían, preguntaba a la señorita Crage en la escuela. Si no lo sabía, consultaba los grandes volúmenes de hojas finas de la *Encyclopedia Britannica* de sir Alfred. O preguntaba a la señora Briggs. O a Nadine, que acudía los sábados por la mañana a su clase de dibujo. O preguntaba a los padres de Nadine cuando lo invitaba a su casa, como aquel día que se lo llevó entusiasmada a ver la estatua de Peter Pan que había aparecido de la noche a la mañana entre los arbustos del lago Serpentine, el bronce resplandeciendo entre el denso follaje, y luego fueron a su casa, y allí estaba el mismísimo sir James Barrie, tomando té y riendo al contarle el gran secreto y la sorpresa de la estatua, riendo con una risita siniestra, y Riley lo imitó tan bien, y sir James dijo que ojalá lo hubiese conocido antes

porque le habría servido de inspiración para un Niño Perdido, y Riley sintió una fugaz punzada de deslealtad hacia sir Alfred y el arte, en favor de sir James y la literatura.

Pero lo mejor de todo era que podía preguntar a sir Alfred.

—Venga, esponja —decía—. Solo quería un chico que me limpiase los pinceles, y ahora tengo en mis manos a un Roger Fry en miniatura.

—¿Qué es un Roger Fry, señor? —preguntó Riley.

—Sírreme un whisky y te lo cuento.

* * *

—Bueno, está mejorando, ¿verdad? —dijo la señora Briggs a la señora Purefoy, que pasó por la casa un día para llevárselo a comprar una camisa; estaba creciendo tan rápido... La señora Briggs le había comprado una hacía apenas dos meses, pero no quiso que se enterase.

Bethan se alegraba de que ya no anduviese con esos chicos de la estación, pero eso no la satisfacía. No se trataba únicamente de que el hijo de un trabajador independiente tuviese —por así decir— un oficio, puesto que en realidad no era un oficio propiamente dicho. Si desempeñase un oficio, ¿cómo iba a acudir a diario a la escuela, y cómo iba a estar aquel día con la hija de la señora Waveney en Portobello con aquel gigantesco perro negro como si fuera suyo, mirando boquiabiertos a la Mujer Serpiente mientras compartían una bolsa de caramelos de menta? Y no es que lo estuviesen educando por encima de su condición social, porque ella sabía lo mucho que la educación significaba para John, aunque personalmente no le encontraba sentido porque tampoco es que estuviese aprendiendo un oficio, ¿no? Ni siquie-

ra se trataba de que lo echase de menos, ¿quién esperaba ver a un estudiante adolescente de catorce años que trabajaba, salvo para —con suerte— darle de comer y obligarle a asearse? Muchas madres no veían en todo el año a los hijos que trabajaban. Lo que le molestaba era que no se expresaba como antes. Trataba de disimularlo, cuando llegaba a casa, pero ella se daba cuenta. Estaba aprendiendo a expresarse correctamente. Tal vez no lo hubiesen hecho a propósito, pero lo habían transformado, de un don nadie a... bueno, no sabía exactamente qué.

* * *

Robert Waveney y sir Alfred estaban a punto de ir a Queen's Hall para escuchar el nuevo concierto de piano del maravilloso ruso, Rachmaninoff, bajo la batuta de Mengelberg. Riley, por lo visto, también iba a asistir.

—Lo va a apreciar más que yo —dijo sir Alfred sinceramente—. De hecho..., Robert, a ver qué opinas de esto, la escuela los larga a todos a final de curso. ¿Qué hacemos con él? Estaba pensando en que siguiera estudiando.

—Seguramente no lo admitirían en Eton —dijo Waveney—. Su educación deja mucho que desear, ¿no es así?

—Bueno, la verdad es que, egoístamente, no quiero que se marche. Ni alimentar falsas... esperanzas... ni ningún tipo de injusticia. Me refiero al dinero y esas cosas. Rencores. He pensado que quizá el instituto de Marylebone...

Waveney coincidió en que era lo más adecuado, y conocía a un miembro del consejo escolar. Riley, al que su padre le había dicho: «Tendrás suerte si consigues aunque sea una sola oportunidad en toda tu vida, y, cuando lo hagas, te aconsejo que sepas reconocerla y que la trinques por los hue-

vos, y que no la dejes escapar», estaba eufórico. El instituto al que todo el mundo quería ir fue una revelación para él; los profesores hacían gala de conocimientos extraordinarios, y, cuando otros chicos se burlaban de él por cualquier motivo, les pegaba. Todo era tal y como debía ser, y se desenvolvía con soltura en ese territorio.

Era duro pasar de largo la calle de sus padres todos los días sin tener tiempo de parar a saludarlos, pero andaba muy ocupado dejándose la piel en los estudios, y en sus obligaciones, para no defraudar a sir Alfred. Por otro lado, siempre quería ver lo que su mentor había pintado ese día, y no soportaba perderse a ningún visitante —hombres de mundo, estudiantes displicentes, caballeros de esto y de aquello, Nadine— ni salidas interesantes donde llevaba el material de dibujo de sir Alfred y escuchaba sus relatos sobre el Antiguo Egipto o Sebastiano del Piombo o el tema que surgiese. Y necesitaba tiempo para hacer sus propios dibujos, porque parecía que en realidad no se le daba mal... No bien, pero tampoco mal...

Se fueron adoptando pautas y rutinas, y todo parecía suceder con normalidad. Pasó el tiempo, y transcurría con normalidad. Incluso las repentinas punzadas de pérdida maternal de Bethan se desvanecieron al cabo de un par de años. Eran afortunados. Resolver el porvenir de un hijo era como casar a una hija: una prioridad para buenos padres. Y daba la impresión de que Riley había resuelto su porvenir felizmente. Los últimos años de adolescencia de Riley fueron, en todos los sentidos, largos, enriquecedores y plenos; la doble vida que tuvo la oportunidad de llevar fue una bendición, y no una lucha interna. Los días laborables los dedicaba a sus estudios y a sir Alfred, y los domingos a su familia, con la que comía, y dejaba que las niñas se encaramaran sobre él,

las columpiaba y lanzaba por los aires. Después de todo, montones de hermanos y hermanas mayores vivían lejos, y al regresar al hogar de su infancia se les quedaba algo pequeño. Lo único que hacía era que se sintieran más altivos.

* * *

A primera hora de una agradable mañana dominical de primavera, siete años después de su primera visita a Orme Square, Riley, ya con dieciocho años, cogió el largo y pesado manubrio que a esas alturas sir Alfred era incapaz de manejar para descorrer los pestillos de todos los tragaluces y ventanas altas del estudio. Del parque y las plazas penetró un aire delicado y agradable, límpido, floral, impregnado de cerezas y lilas. Riley pensó: *¿Cómo se podría pintar esto? ¿Quién podría pintar algo tan liviano y limpio?* Hasta los cascotes de los carros de Bayswater Road sonaban más ligeros. ¡Qué día!

Como de costumbre, Nadine llegó sobre las nueve para dar su clase de dibujo, aunque era a las diez, y, como de costumbre, sir Alfred todavía estaba tomando café, hablando con el periódico. Así que, como de costumbre, Nadine se encaramó a la vieja mesa de trabajo del estudio, arriba, con su bata de trabajo sin mangas azul oscuro, balanceando las piernas mientras observaba a Riley extendiendo los pinceles, revisando las existencias, haciendo una lista. Cuando terminó, fue él quien hizo un bosquejo de ella, con trazos ligeros, algo rápido. No le gustó demasiado lo que había dibujado. A ella se le daba mucho mejor que a él hacer un retrato. Junto a ella, sobre la madera oscura, había un jarrón de cristal con un ramo de jacintos, también azules, como el azul de los mantos de la Madona de los libros de pintura renacentista de sir Alfred. A él le habría gustado pintar-

los, y a ella. Le fascinaban los matices del color, la graduación de los óleos. Deseaba encontrar una excusa para observarla durante horas.

—Hoy he venido en bicicleta —dijo, poniéndolo a prueba.

—¿Puedo dar una vuelta? —Había tratado disimuladamente de convencerla para que lo acompañase a nadar al Serpentine; ella se resistía. Nunca iría a nadar con él. La idea despertó su interés. Tal vez al menos podría llevarla al parque con la excusa de probar la bicicleta.

—Es una bicicleta de chica —le advirtió ella.

—Todas las bicicletas son de chico —replicó él.

Lo miró con mala cara. Hacía tiempo que lo había convencido de que las sufragistas tenían razón, pero él se empeñaba en martirizarla.

—Eso es casi tan cierto que no tiene gracia —dijo—. Cuando sea mayor me compraré una moto. Iré en moto al extranjero, por todo el mundo, dibujando y pintando todo lo que vea, y lo costearé con mis retratos. Nadie me detendrá.

—No se atreverían —contestó él. Y pensó: *¿Por qué sigo diciendo estupideces? ¿Mezquindades?*

—Te refieres a que *tú* no te atreverías... —dijo ella, pero cariñosamente.

—Me atrevería a cualquier cosa que tenga que ver contigo —replicó descaradamente.

—Oh, no tendrás que hacerlo. Cuando dé la vuelta al mundo en moto volveré para ser una artista famosa y tener hijos y una casa preciosa. Me traeré un canguro de mascota. La compartiré contigo.

—¿La mascota o la casa? —De repente se imaginó la vida de adulto: dos caballetes en sendos extremos de un estudio soleado.

—Todo —respondió Nadine—. Compartiré hasta la muerte, mientras no vayas presumiendo por ahí de que es tuya.

Lo dijo con tanta naturalidad que él pensó que no tenía ni idea de lo que decía. Pero, por supuesto, permitió que el resplandor de una imagen tan deliciosa hiciera invisible su condición de imposible. Ella, después de todo, tenía el futuro resuelto y seguro: el matrimonio. El suyo era más... incierto, lo cual le permitía pensar cosas inimaginables.

No te ates a la chica, Riley. No son como nosotros. La voz de su madre.

Cambia de tema.

Hablaron sobre quién podría pintar una mañana de primavera como aquella.

—Samuel Palmer —sugirió él. Ella opinaba que Palmer era más junio, menos refinado y más exuberante. A él le gustó escuchar cómo pronunciaba la palabra «exuberante».

—Bueno, Botticelli, claro —dijo ella.

—A lo mejor hay primaveras así en Italia, pero no en Inglaterra.

Entonces ella exclamó:

—¡Ya lo tengo! Van Gogh. Como las flores del almendro.

Sacaron el cartapacio de reproducciones que sir Alfred guardaba por el mero hecho —pensaba Riley a veces— de miraras con desdén, o quizá por miedo ante una manera tan distinta de hacer las cosas. Extendieron la lámina sobre el largo, áspero y deslucido caballete bajo la ventana, y permanecieron el uno junto al otro, sumergiéndose en la lámina, el musgo y la luz del sol sobre las ramas, la profundidad del cielo infinito detrás, los preciosas y luminosas florecillas enroscadas por aquí y por allá, los estambres de los minúsculos brotes rojos, la ramita partida con su afilada brizna apuntando como una espina en el paraíso.

— Me pregunto dónde estará ahora — dijo ella—. La auténtica. — La habían visto en una exposición en la Grafton Gallery a la que les había llevado sir Alfred. A Nadine y Riley las pinturas les parecieron perfectas, maravillosas, de una belleza natural, acertada, en cierto sentido, y no entendieron en absoluto por qué la gente se reía, y ponía reparos, y se marchaba.

Riley, que a menudo sacaba la lámina y leía el reverso, dijo:

— En Ámsterdam.

— Vayamos a verlo — dijo ella.

Allí, con el brazo pegado al suyo, con el sol de la mañana, bajo la ventana, el olor de óleos y trementina y jacinto, su voz: «Vayamos a verlo».

— ¿En tu moto? — dijo él, echándose a reír.

— ¡Sí! O... en serio. *Hagamos* cosas, Riley. Me estoy desquiciando un poco, ¿sabes? Pronto nos haremos mayores. HAGAMOS cosas. Como cuando me llevaste a ver la Mujer Serpiente al mercado de Portobello, y toda esa gente cantaba. — Por aquel entonces solo tenían trece años, y se metieron en un buen lío—. ¡Vámonos a Brighton a remojarnos los pies y a comer camarones y a ver el Pavilion! Vámonos a Ámsterdam...

— ¿Por qué no nos fugamos a París y vamos a la escuela de arte? — propuso él—. ¿O robamos un banco y vivimos como reyes y vamos a los fines de semana de puertas abiertas del estudio de Rodin, y nos ponemos ropa de gitanos y comemos higos?

— Basta — dijo ella—. Podríamos hacer *algo*...

El sonido de pasos en la escalera los enmudeció. Era uno de los alumnos de sir Alfred, Terence, que subía a trabajar en su gran óleo del palacio de Kensington. Riley sintió unas ganas tremendas de empujarle escaleras abajo. En lugar

de eso, se recreó en una bonita mirada de complicidad con Nadine que le templó la sangre y dio alas a su corazón.

Echó un vistazo al óleo mientras Terence lo sacaba de la funda. Por qué se molestaría Terence, no tenía la más remota idea. Podría haberse pintado perfectamente en 1860. Encima lo estaba pintando desde el este del estanque Circular, en dirección oeste con la puesta de sol detrás del palacio, de modo que por mucho que lo llamase *La reina Victoria sobre el agua*, la estatua de delante del palacio estaba mal porque en realidad debería estar a la sombra. De hecho, todo debería estar a la sombra, pues la luz que pintaba estaba fatal... Debería pintarlo con la luz de la mañana, pero era demasiado perezoso para madrugar. Sir Alfred era indulgente con él, pensó Riley. *Pero sir Alfred también es indulgente conmigo, así que...*

Oh, lárgate, Terence.

En ese momento era lo *único* que quería. Lo único que había querido siempre. Estar a solas con Nadine. Solo de pensarlo sintió un escalofrío.

¿Por qué iba a ser imposible? Seguramente en el gran siglo XX que comenzaba encontraría la manera de hacerlo posible. Al fin y al cabo, su madre pensaba que sería imposible incluso *conocer* a una chica como Nadine... Las cosas cambian. Uno puede hacer que las cosas cambien. Y los Waveney no eran la típica gente de clase alta. Eran medio franceses, muy viajados y de mentalidad abierta. Organizaban fiestas por todo lo alto y jugaban a charadas y se abrazaban, y la señora Waveney no siempre se levantaba por la mañana. El señor Waveney le había dicho que las copas de champán se inspiraban en el pecho de la emperatriz Josefina. Una vez hubo un ruso allí, y un alemán con *inclinaciones anarquistas*. Riley también había reparado en ello.

—Oye, Purefoy —dijo Terence, remoloneando con torpeza con el lienzo. Era un joven alto y esbelto, con el pelo de color pajizo, al que se le caían las cosas—. Supongo que no te importaría posar para mí un par de tardes la semana que viene, ¿no? Siempre que sir Alf pueda prescindir de ti. Te pagaré... No tendrás que...

—¿Qué? —preguntó Riley con socarronería.

Terence dirigió la mirada hacia Nadine. —Que hacer nada que no quieras—dijo con delicadeza—. Te daré seis peniques por sesión.

—Qué espléndido es —dijo entre risas Nadine cuando Terence fue en busca de la señora Briggs para ver si le podía preparar una taza de té.

—¿Por qué querrá dibujarme a *mí*? —preguntó Riley.

—Porque eres guapo —dijo Nadine. Estaba sentada en la mesa bajo la ventana, mirando hacia fuera, con las piernas alineadas, pálida y concentrada en su cuaderno de bocetos, con su melena negra suelta.

Le sorprendió escuchar eso.

—¿Sí? —dijo, y se volvió hacia ella, sintiéndose súbitamente enardecido—. *Tú* sí que eres guapa —dijo, e incluso después de decirlo, no daba crédito.

Ella se dio la vuelta para mirarlo. Y se quedó paralizada, y él también, mientras la sangre se le caldeaba bajo la piel, y sintió un impulso irrefrenable de besarla.

Ella saltó de la mesa y se quedó mirándole.

No iba a besarla. No debía besarla.

Alargó la mano y, muy dulcemente, la posó sobre su cintura, en la curva. Le parecía menos malo que besarla, y casi tan bueno. Mantuvo la mano ahí: fuerte, blanca, manchada de pintura. Ella sintió la presión, sintió una agradable sensación, sintió su potencial.

Relajó la mano.

Permanecieron así durante un instante de una perfección indescriptible.

Oh, Dios, pero la mano quería más: deslizarse hasta la parte trasera de su cintura, presionar donde acababa la espalda y atraerla hacia él; la otra quería enredarse en la melena negra suelta hasta la nuca, extenderse, atraerla hacia sí.

La mano se aferró a su posición, para mantener el momento, para prolongarlo, para preservarlo, para no destruirlo: era un milagro.

Tenía que retirar la mano.

Ella le miró. Miró su mano. Volvió a alzar la vista hacia él, inquisitiva. Cada gota de su sangre permanecía alerta. Y se echó a reír, y salió corriendo del estudio, bajando ruidosamente la escalera, cantando una especie de melodía alegre, un ta-ta-ta-chán, una fanfarria.

Sir Alfred, que subía por la escalera, se dio cuenta. Reparó en ello, y miró fijamente hacia arriba. ¿Terence? Seguramente no.

La señora Briggs, al cruzar el vestíbulo, cruzó fugazmente su mirada con la de sir Alfred, y enarcó las cejas.

* * *

Habían asesinado de un disparo al archiduque. Salió en todos los periódicos. Todo el mundo lo comentaba.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Nadine a Riley.

—Un serbio ha asesinado al archiduque de Austria así que los austriacos quieren machacar a los serbios pero los rusos tienen que proteger a los serbios así que los alemanes quieren machacar Francia así que no van a ayudar a los rusos

contra los austriacos y si machacan Francia somos los siguientes así que tenemos que detenerlos en Bélgica — contestó Riley, que había leído el diario vespertino de sir Alfred.

—Oh —dijo ella—. ¿Y eso qué significa?

—Por lo visto va a haber una guerra.

—Oh —replicó.

Bueno, habría acabado para cuando tuviesen edad suficiente para ir a Ámsterdam, donde le volvería a poner la mano en la cintura, y ella se echaría a reír y a cantar, pero no saldría corriendo escaleras abajo.

Ella no sacó el tema a colación. Él tampoco. Pero cuando charlaban sobre cualquier otro tema, y cruzaban una mirada cómplice si algo les hacía gracia a ambos pero no al resto, o cuando un concierto era especialmente emocionante, el placer que siempre habían sentido con esas cosas despedía una nueva química. A veces se miraban el uno al otro, y a ella siempre se le aceleraba el corazón. A veces él tenía que salir de la habitación. Sentía que se moría. Pensaba que las chicas no tenían esa misma sensación. Era consciente de que ella le sonreía, continuamente.

* * *

—Papá —dijo ella con naturalidad, alegremente, mientras cruzaban el parque camino del Albert Hall—. ¿Qué se siente al estar enamorado? —Le apetecía más preguntarle a él que a su madre. Su madre le haría preguntas prácticas. A papá no se le ocurriría preguntar sobre cosas prácticas.

—Oh, es maravilloso —contestó—. O terrible. O las dos cosas. Los romanos lo consideraban un arrebató de locura que uno no se lo desearía a nadie. Pero no se puede evitar, eso es lo importante.

Ella sonrió con picardía, pero él ya estaba pensando de nuevo en el compás 78 del movimiento lento.

* * *

Posar para Terence era sinónimo de dinero fácil. Durante todo ese incierto verano, Riley se presentaba en la alta casa rojo oscuro de la hilera de altas casas rojo oscuro de South Kensington. Subía dando zancadas tramo tras tramo de escalera hasta el estudio de Terence donde, al entrar, por un momento se quedaba maravillado ante el desorden en el que podían vivir los ricos, y se sentaba. Terence bosquejaba y dibujaba, pluma lápiz acuarela, este ángulo o aquel, bajo la ventana, junto a la maceta, con luz, de pie sentado repantigado en aquella silla.

—Oye, ¿qué piensas de la guerra? —preguntó Terence una mañana de finales de agosto—. Mal asunto, ¿verdad? Todo el mundo anda desquiciado.

—¿Y tú? —preguntó Riley.

—No es mi caso —contestó Terence.

Al final «no hacer nada que no quisiera» significaba no desnudarse.

—Me desnudaré —dijo Riley, sutilmente—. Si eso supone más dinero. —Pasara lo que pasara, iba a necesitar dinero.

Suponía más dinero. A Riley le hizo gracia.

Pero Terence le caía bastante bien. Se fijaba en sus modales, imitaba su aire despreocupado, le robaba palabras y luego las soltaba en la mayoría de los casos. La languidez y la jerga de la escuela privada se le antojaban poco viriles. Riley buscaba a su alrededor el tipo de hombre que podía llegar a ser, y le resultaba difícil encontrarlo. Jamás negaría lo que

era. Pero necesitaba superarse. ¿Cómo reconciliar eso? Ya tenía dieciocho años. Había terminado la escuela, y nadie sugería ninguna posible actividad para su futuro. ¿Cuánto tiempo seguiría siendo el chico de sir Alfred? ¿Qué podría ser, un chico como él? Pero había un problema. El primer paso en cualquier dirección era Nadine, y la sombra que le impedía estar a su alcance lo envolvía... todo. Cualquier paso posible hacia cualquier futuro posible: imposible. Inadmisible.

A lo mejor si ganase mucho dinero... ¿La City? Pero para empezar se necesita dinero. ¿El arte? Me falta talento. ¿Y cómo pagaría la escuela de arte?

¿La delincuencia?

Se echó a reír.

Pero posar desnudo delante de Terence no era la solución...

Mientras Terence dibujaba, pensó en lo que había leído en los periódicos: ángeles que se aparecían en el campo de batalla, los perversos hunos, y los chicos Allí. Se quedó pensativo. Los chicos de Paddington se marchaban, según le había dicho su madre. «Pero de alistarte, ni pensarlo», dijo. «El ejército es otra mala pasada que nos quieren jugar». Riley sabía que a su abuelo materno lo habían matado en algún lugar de África, en el ejército. «Ni se te ocurra complicarte la vida en el extranjero», dijo Bethan.

Riley asociaba Francia con los girasoles dorados que Van Gogh había pintado en Arlés, los cielos despejados, las siluetas de los árboles, los colores de Matisse, el mar, las muchachas de los bares de Renoir, los imponentes héroes semi-desnudos de David, las damas de Fragonard con sus combinaciones al viento, las damas de alta sociedad de Ingres con su piel nívea, cabello oscuro y dedos etéreos... Pensó en Olimpia, desnuda sobre su diván, con un pequeño agremán

negro en el cuello y ese semblante. Pensó en Nadine. Pensó que, al estar desnudo, tal vez sería mejor pensar en otra cosa.

Era lógico que Terence observara atentamente el cuerpo de Riley, dado que estaba dibujándolo. Observaba atentamente a Riley de pie, sentado, repantigado en la silla. Riley era lo que se suele decir «no muy alto, pero fornido», fibroso, y con la piel muy blanca como la de una dama de Ingres.

—No creo que... —dijo Terence, esa tarde—. No, claro que no.

—¿Qué? —inquirió Riley, pero Terence no dijo nada, y sugirió dar por terminada la sesión porque la luz se estaba yendo, lo cual no era cierto.